

Mientras que el sol se eleva del Oriente,
 En tanto por los puntos se presenta
 Doquier la animación y el entusiasmo,
 Porque un presentimiento venturoso
 Latir hace los pechos inflamados
 Por el amor sublime de la patria,
 Por el glorioso nombre del guerrero
 Que el nuevo mes de Mayo les recuerda,
 Al ver que se despliega con donaire
 En el cerro inmortal de Guadalupe
 De Hidalgo y de Guerrero la bandera,
 Que se mira en el fondo de los cielos
 Como el iris brillante, esplendoroso,
 Nuncio inmortal de las futuras glorias.

CANTO DECIMO.



El mes de Apolo, espléndido y brillante,¹
 Amaneció vertiendo sus fulgores
 El rubio sol, dorando las llanuras,
 Donde la sangre por doquiera humea;
 Alumbraba las torres gigantescas
 De la heroica ciudad en que orgullosa
 Nuestra bandera tricolor, al viento
 Da sus armas gloriosas, ostentando
 Sus timbres y blasones invencibles.
 ¡Mes inmortal! Los fastos de la historia
 Que guarda la grandeza de los pueblos,
 En sus brillantes páginas conserva
 Y guardará, mientras los siglos duren,
 Y sigan por el orbe caminando,
 Cubriendo con sus alas las victorias,
 Los monumentos, las grandezas todas
 Del universo, tu esplendente nombre.

¡Mayo, Mayo, llegaste! Con tu gloria,

¹ El mes de Mayo estaba dedicado por los romanos á los ancianos ("mayores"); su divinidad tutelar era Apolo.

Con tu radioso sol á alumbrar vienes
 En sangre tintos los tendidos campos,
 Llenas de sangre las soberbias calles,
 En sangre humedecidas á las plazas!
 Alumbrarás de muerte asoladora
 Escenas mil de estrago y de matanza;
 Y tal vez con tu luz confundiránse
 Las llamas del incendio, en los escombros
 Que las señales son del heroísmo;
 Pero también tu luz brillará limpia
 Alumbrando el valor y la grandeza,
 Y nuevas lides y brillantes glorias.

Cuarenta y cinco auroras sus encajes
 De nácar y de gualda transparentes
 Han tendido en los bellos horizontes
 De la soberbia Puebla, desde el día
 En que el francés, esclavo de un tirano,
 Lleno de fatuo orgullo prometía
 En *seis horas* rendir los pabellones
 Que hace un año rindieron á las huestes
 Aguerridas de Italia y de Crimea!
 Cuarenta y cinco noches han velado
 Con sus tristes y tétricos crespones
 Los campos de la guerra, y ni un momento
 Ha reído á los galos la victoria.
 Sigue la lucha formidable, siguen
 Los rasgos de valor del mexicano
 Sorprendiendo al francés envilecido,
 Que despechado, en su furor terrible,
 La muerte por doquier derrama impío!
 Al Norte y Sur dilatan sus columnas
 Y se prepara en torno una batalla.....
 Cuatro auroras han visto los trabajos

Del enemigo, que violento anhela
 Tal vez dar un asalto formidable,
 En torno á la ciudad á un tiempo mismo.
 Brilló la quinta luz del sol de Mayo
 Que amaneció magnífico, esplendente;
 Al toque de las dianas, los pendones
 De la patria se izaron, á los ecos
 Del cañón que saluda á su bandera,
 Lanzando al enemigo sus granadas.

Hoy hace un año que el valiente galo,
 El terror de la Europa, formidable
 Vencedor de cien pueblos aguerridos,
 Que conducía en triunfo belicoso
 Doquier sus raudas imperiales águilas,
 Quiso en su orgullo fatuo la bandera
 Hacer girones y vencer sus pueblos.

Hoy hace un año que al rayar la aurora,
 Puebla, la heroica Puebla, alzó su frente,
 Y al ver de Zaragoza la entereza,
 Al mirar en su frente los destellos
 Del genio de la gloria, con encanto
 Le entrega la bandera de la patria
 Que el héroe supo conservar ilesa.
 Hoy hace un año que se alzó gloriosa
 México, á quien burlaba el extranjero,
 Y al escuchar la voz de Zaragoza
 Supo vencer al vencedor del mundo!

A este recuerdo de grandeza tanta,
 A este recuerdo que nuestra alma llena,
 Mientras que diez millones de entusiastas
 Mexicanos saludan su bandera,

En toda la extensión de la República,
Desde los mares que nacer contemplan
Al rubio sol que del Oriente sale,
Mientras estrellan sus brillantes olas
En las arenas del Atlante hermoso,
Hasta donde se quiebran los cristales
Hirvientes del Pacífico, que besa
Las rocas de Occidente; los guerreros
Hijos de Zaragoza, á su memoria
Juran como él, vencer al extranjero.

Como una virgen casta se engalana
Del cumpleaños en su bello día
Y cánticos entona placenteros,
Así Puebla la invicta al aire tiende
Sus esplendentes, nítidos pendones.
Sus fortalezas todas empavesas;
Y al frente del francés, que á este recuerdo
En su despecho, cúbrese los ojos,
Entona sus cantares entusiastas
Y á la terrible lucha le provoca.
Al toque de sus dianas, le saluda
Con el cañón mortífero que arroja
Sobre él sus metrallas atronantes.

Amaneció brillante la mañana;
Pero el francés tal vez en su memoria
Conservando el recuerdo de ese día,
No se atreve á moverse. Silenciosos
Están los campamentos enemigos,
Y acaso, acaso del valor azteca
Esperan un asalto en sus murallas.
En esta incertidumbre, transcurriendo
Las horas sigue caminando el día;

Llega la tarde y tiéndense las nubes
Y se agrupan debajo de los cielos,
Como montañas negras, que amenazan
Hundir los campos y allanar los montes.
La tempestad estalla silbadora;
Se cruzan los relámpagos, y á poco
Veloz descende cristalina lluvia
Inundando á torrentes las llanuras
Y la ciudad, que entre la lluvia se hunde;
Pero rápida pasa, se disipa
Presto la tempestad, en blancas nubes
Se convierten los cirros de la altura,
Y súbito se rasgan, y aparece
El esplendente azul del limpio cielo;
Y luego se despeja el horizonte,
Y el sol brillante, con sus claros rayos,
Súbito el monte y la campiña orea;
Y la ciudad preséntase galana
Como una virgen que del baño sale
Ostentando frescura y lozanía.
Entonces los valientes mexicanos
Sus columnas y trenes organizan,
Y al Norte de la plaza se dilatan
Fuera de la ciudad, en la llanura
Que al pie de la Malintzi se destiende;
Forman batalla fuera de los muros
De la ciudad, sus tiradores se abren;
A la vanguardia avanzan lentamente
Y al campo de los francos se aproximan.
Truena el cañón, columnas de humo denso
Se levantan, los rayos reflejando
Del esplendente sol, los tibios rayos,
Que cerca al Occidente se encaminan;
Y avanza el mexicano, y retrocede

El francés que tan sólo se organiza
 En actitud de defenderse tímido.
 Lanza sus proyectiles, y á cubierto
 De las sinuosidades del terreno,
 Oculta sus infantes batallones,
 Y allá á lo lejos sus caballos tiende
 En alas separadas desplegándose;
 Se cruzan por doquiera sus granadas,
 Silban del rifle por doquier las balas,
 Y aquí rueda el caballo y el jinete,
 Y allá cayendo al pie de sus cañones
 Expiran los serenos artilleros.

Así pasa la tarde sin que un palmo
 Adelante el francés; mientras sereno,
 Avanzando tranquilo, el mexicano
 Se repliega á sus hondas paralelas;
 Y al aire sus banderas desplegando,
 Vuelve otra vez con su tambor batiente
 A la ciudad, mientras la tarde se hunde
 Del Occidente en los lejanos montes.

Entre las sombras de la noche envuelve
 El galo audaz su infamia y su vergüenza,
 Mientras el mexicano aun en las sombras
 De la tétrica noche se alza altivo,
 Y aun parece que nítidos fulgores
 Su heroica frente por doquier circundan,
 Al coronarle espléndida victoria!
 En esta noche, de recuerdos gratos,
 Doquier en la ciudad enaltecida
 Los cánticos se escuchan y los himnos
 Que á la memoria del guerrero invicto,
 Del inmortal y heroico Zaragoza

Se elevan por doquier á las alturas.
 Y aun en medio las sombras parecía
 Que allá de Guadalupe, en la colina,
 Brillaba un resplandor omnipotente
 Y entre ráfagas nítidas, la imagen
 Se miraba del grande Zaragoza,
 Coronado de lauros inmortales;
 Y que cercado de héroes y de dioses
 Las glorias de su pueblo contemplaba.

Pasó la noche, y al volver la aurora,
 Nuevas lides se aprestan. Por el Norte
 La bala silba y el cañón mortífero
 Cien y cien veces con furor estalla.
 Pero es inútil el potente empuje
 Del invasor sangriento; se prolonga
 La lucha, se oscurecen las alturas
 Con las nubes de humo que se tienden
 Como el vapor que en el invierno se alza
 De los tranquilos, azulados lagos;
 Y se va prolongando al alejarse
 Hasta las lomas del Oriente, y luego
 Vuelve con rapidez el fuego activo;
 Pero en los muros de la heroica Puebla
 Se estrellan los impulsos soberanos
 Que intenta el invasor enfurecido.
 Por todas partes el fragor se escucha
 De la guerra que asuela y que devasta
 Cuanto en su paso furibundo toca.
 Por todas partes la ciudad se mueve,
 Y en todas partes al clamor terrible
 De la muerte, se mezclan los acentos
 Robustos del guerrero, que proclama
 La libertad de México gloriosa.

Así pasan los días y las noches,
 Y no cesa el francés, en su despecho,
 De lanzar por doquier sus fuertes bombas.
 Aquí los edificios se derrumban;
 Allí con rapidez cunde el incendio;
 Allá entre escombros el cañón estalla;
 Acá se elevan nuevas fortalezas;
 Y el espanto y la muerte y los gemidos
 Se miran y se escuchan donde quiera;
 Pero también se mira el heroísmo
 En todas partes ostentar su gloria.

Aunque el valor heroico no descansa
 De mostrar su grandeza al extranjero,
 La población pacífica ya sufre
 La terrible escasez y la miseria;
 Y ya cuando el terror en todas partes
 Hace cundir la pena y el conflicto,
 Porque ya el hambre con su fuerza acosa
 A la infelice población humilde,
 Una mañana se presenta tierna
 Una escena terrible y espantosa;
 Una mañana el sol reverberante
 Lanzaba á plomo sus ardientes rayos,
 Cuando á lo lejos mírase un conjunto
 De familias inermes, que procuran
 Salir de la ciudad de las desgracias.
 Se ve formado, en tétrico concurso,
 Un grupo doloroso, cuyo aspecto
 A la misma barbarie ablandaría:
 Un anciano de blanca cabellera,
 De blanca barba, de semblante pálido,
 Iba al frente, llevando una bandera
 Blanca como el candor de su inocencia.

Una turba muy grande le seguía
 De mujeres y niños y de ancianos,
 También llevando blancas banderolas;
 Y ya acosados de miseria y hambre
 Quisieron, arrostrando los peligros,
 Salir de la ciudad. Aquel conjunto
 Que de vivos cadáveres mostraba
 Todo su aspecto, lento caminando
 A una garita dirigióse recta
 En lenta procesión. Iba llegando
 Cerca del enemigo campamento
 Para impetrar socorro á su salida;
 Pero el bárbaro franco, en vez de oirlo,
 Dirige á aquella turba macilenta
 Sus fieros proyectiles.....! Nada vale
 Que aquella gente inerme tremolase
 Sus cándidas banderas, el infame
 Cobarde sitiador, vuelve sus tiros
 Sobre de aquellas víctimas humildes
 Que buscaban alivio á sus dolores.....!
 Algunas balas les alcanzan; llenas
 De lágrimas y duelo, hasta la plaza
 Vuelven llenos de horror y de odio amargo
 Contra aquellos cobardes asesinos
 Que ultrajan al que inerme y suplicante
 Buscaba sólo alivio á su miseria.....!
*¡Sublime ilustración! ¡Gloria á los bravos
 Que tan grandes ejemplos de heroísmo
 Dan al mundo en su imbécil cobardía!*
 Forey infame y la traición maldita,
 Con este hecho de maldad sin nombre
 Han esculpido en imborrables signos
 Caracteres eternos de deshonor!

¡Ministros del altar! que vuestro oro,
 El oro que del pueblo envilecido
 Recibís, agobiando su conciencia
 Con falaces palabras, invocando
 La dulce voz de humilde cristianismo,
 Alzad hosanas, entonad cantares,
 Profanad el altar con el incienso
 Que quemáis en augustos holocaustos!
 Ved vuestra obra, vuestra obra inicua.
 Yo en nombre de Dios, del Dios humilde
 Que derramó su sangre en el Calvario
 Al proclamar la libertad del hombre,
 La igualdad, la humildad y la fe pura,
 En nombre de ese Dios, que es Jesucristo,
 Y que vosotros profanáis falaces,
 En nombre de ese Dios que no es el vuestro,
 Que no es el Dios que con profano acento
 Invocáis mentirosos..... ¡¡Os maldigo!!

Esa inocente sangre que hasta el ara
 Llega chorreando, la venganza pide;
 Presto, muy presto el día de la justicia
 Llegará á castigar vuestras infamias,
 Y entonces ¡ay del criminal que invoca
 La dulce religión, y sangre vierte
 Por saciar la ambición del poderoso,
 Por la sed de riquezas y dominio!
 Pronto, muy pronto, imbéciles traidores,
 Falsos ministros del altar, la sangre
 Os ahogará..... las telas del santuario
 Por vuestra culpa manchará la sangre,
 Y ese Dios bondadoso, á quien falaces
 Pretendéis engañar, su brazo justo
 Descargará sobre vosotros. Presto

El dogal atará vuestras gargantas,
 Y en expiación de las maldades viles
 Que cometéis en nombre del Dios justo,
 Beberá vuestra sangre maldecida
 La tierra que oprimís con vuestra planta.
 Otra vez y otra vez, viles traidores,
 Otra vez y otra vez, falsos profetas,
 Sacerdotes mentidos y profanos
 Que ultrajáis á mi Dios con el cinismo
 Del hombre criminal entre la crápula,
 En el nombre de Dios, ¡malditos seais!.....

¡Heroica gloria al que llamóse un día
 El vencedor valiente de los pueblos!
 Y un día pasa, y otro, y la batalla
 Por todas partes cunde formidable,
 Y la tenaz, heroica resistencia,
 A cada instante con valor se afirma.

Van pasando los días, y se apresta
 Por el Sur la batalla: los valientes
 Que en Teotimehuacán guardan los muros
 Listos están con entusiasta anhelo;
 Por el Norte también la lid estalla,
 Y en todas partes el rumor anuncia
 Que se prepara espléndida batalla.
 Pero firmes, constantes los guerreros,
 Ni el dolor de la muerte, ni las lágrimas
 De las tristes mujeres, ni el gemido
 De los niños humildes, ni los ecos
 De los ancianos débiles, ni el hambre,
 Ni las penas terribles, las angustias
 Todas que en torno á la ciudad se miran
 Pueden intimidarles, y aunque el alma